

# FILMS DE AMOR

~~EN~~ LA CORRIENTE



NÚM.  
189

25  
CTS.

LUPE VELEZ - MON E BLUE



# FILMS DE AMOR

APARECE TODOS LOS JUEVES

REDACCIÓN ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:  
CALLE VALENCIA, 234 - APARTADO 707  
Sociedad General Española de Librería

BARBARÁ, 16

BARCELONA



AÑO V

TIGER ROSE

Núm. 189

## EN LA CORRIENTE

Adaptación en forma de novela de  
película del mismo título interpretada  
por la genial actriz cinematográfica

**LUPE VELEZ**

Adaptación por M. NIETO GALÁN

.....  
**EXCLUSIVAS**

**CINÆS S. A.**

Vía Layetana, 53

Barcelona

.....  
**REPARTO**

Rosa . . . . . LUPE VELEZ  
Devlin . . . . . Monte Blue.

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

Todo 1931

(1931)



# PRIMERA PARTE

Por las tierras fértiles del Canadá, la civilización iba avanzando amenazadora, turbando la vida tranquila de los que hasta entonces no habían tenido más preocupación que la de su trabajo. Patrullas de obreros iban invadiendo los campos y los poblados y la línea del nuevo ferrocarril iba extendiéndose por aquellos campos, como dueña y señora absoluta. Eran inútiles las quejas de los propietarios de las tierras, la civilización las necesitaba, y a su avance no había fuerza humana que se le resistiera. Y en este continuo caminar, la civilización hizo su aparición en un pueblecillo establecido en la parte noroeste del Canadá, donde vivía Rosa, bellísima flor silvestre, cuyo amoroso perfume era solicitado por cuantos hombres estaban en disposición de elegir mujer. Sin embargo, Rosa no había aceptado nunca las

ofertas amorosas que se le hicieran y seguía viviendo su vida libre del campo, su alma indómita necesitaba de absoluta libertad y su voluntad no sabía doblegarse a ninguna orden ni mandato. Tal vez por esta misma soberbia, por esta misma altivez, la belleza de Rosa era más codiciada todavía, y no solamente por los naturales, sino que hasta el cabo de policía montada, Miguel Devlin, aspiraba a conquistar el corazón de Rosa.

Hasta aquel momento habían sido inútiles todos los requerimientos de sus pretendientes, y Devlin, que era el más tenaz, insistió varias veces diciéndole:

—¿Acaso no piensas elegir nunca marido, Rosa?

—Lo elegiré cuando verdaderamente me enamore—respondió Rosa.

—¿Y por qué no te enamoras de mí?—le preguntó sonriendo Miguel.

—Pues porque no has sabido hacerte lo suficientemente interesante para ello—contestó Rosa, con esa franqueza casi salvaje que le caracterizaba.

—Sin embargo—insistió Devlin—, yo estoy seguro de que ha de llegar algún día que sientas ese amor por mí. No soy de los que se dejan vencer fácilmente. ¡Te amo, Rosa, te amo, con toda mi alma y solamente tu amor podría hacerme feliz!



—Pues debes pensar en otra cosa, Miguel, porque yo no estoy segura de poderte amar nunca.

—¿Y por qué—preguntó Miguel extrañado—. ¿Acaso tienes algo que reprocharme?

—No, Miguel—le respondió ella—. Estoy segura de que serías capaz de hacer la felicidad de cualquier mujer. Eres bueno, noble, honrado, reúnes todas las buenas cualidades, hasta eres guapo y elegante—terminó diciendo Rosa, a la vez que reía alegremente—; pero yo ya te lo he dicho, sólo amaré una vez en la vida y por ahora no ha llegado todavía el momento. Es mejor que sigamos siendo buenos amigos, como hasta ahora lo hemos sido.

Y sin atender a ninguno de sus admiradores, Rosa seguía siendo en el pueblo la muchacha indomable a quien ningún hombre había sabido hacer suya.

No tardaron en llegar las cuadrillas de obreros que venían tendiendo la línea férrea, y entre ellos llegó también un muchacho, joven, simpático y enérgico, que venía como jefe de toda aquella gente. Se llamaba Bruce Norton, y sus ademanes elegantes y sus finos modales no tardaron en llamar la atención de Rosa, a pesar de la oposición que todos los del pueblo ponían a sus trabajos. Era aquella una oposición pasiva, pe-

ro que procuraba dificultar en todo lo posible los planes del ingeniero.

Tampoco pasó desapercibida para éste la hermosura de Rosa, y al verla cruzar los campos sin más compañía que su perro "Scotty", sintió en más de una ocasión deseos de correr tras ella. Por fin un día se la encontró camino del pueblo y decidido hablarla, le dijo:

—Permítame que me presente, señorita. Yo soy Bruce Norton, el ingeniero del ferrocarril.

—No era necesario que me dijese su nombre—respondió la muchacha, sin oponerse a la compañía del joven—. Su nombre es bien conocido por todos los de aquí.

—Sí, ya sé—respondió tímidamente el ingeniero—; todos me odian.

—¿Se ha dado usted cuenta ya de ello?—preguntó Rosa.

—Me la di el primer día que llegué—contestó tristemente el ingeniero—. Lo que no comprendo, es que un hombre como el doctor Bell sea precisamente el más enemigo a que siga mis trabajos.

—El doctor es un hombre muy peligroso—exclamó la joven, como si quisiera prevenir a Bruce—. Debe usted desconfiar de él. Es al que más interesa de que el pueblo siga en el estado que estaba hasta ahora.

—¿Y a usted no le importan nuestros



trabajos?—preguntó el ingeniero—. ¿No siente usted el mismo odio hacia nosotros?

—Yo soy diferente a ellos—exclamó con cierto desprecio Rosa—. Estoy segura de que lo que ustedes hacen terminará siendo un beneficio para todos.

—Lleva usted razón—le contestó Bruce, animado por las palabras de la joven—. Cuando este ferrocarril esté terminado, todos estos terrenos habrán ganado un cien por cien de su valor. Todas estas tierras que hoy casi no se labran, podrán explotarse y sus productos serán transportados en pocas horas a las grandes capitales.

Aquel día no hablaron de otra cosa, pero al despedirse Bruce, reteniendo entre sus manos la de la joven, le dijo:

—¿Podremos vernos mañana, para seguir nuestra conversación?

Ella le hubiera contestado inmediatamente que sí; pero el temor a descubrir el afecto sincero que le había inspirado el joven ingeniero, la detuvo y sólo respondió:

—Tal vez tenga que pasar mañana por las obras.

—Yo la esperaré—terminó diciendo él, a la vez que la muchacha se alejaba.

## SEGUNDA PARTE

Al entrar en su casa, se encontró con Miguel, que le dijo sonriendo:

—Te he visto muy acompañada.

—¿Crees acaso que tengo que darte cuenta de nada de lo que yo haga?—exclamó ella.

—Rosa—siguió diciendo el policía, a la vez que se acercaba más a ella—, ya sabes que te amo de verdad, y por lo mismo te aconsejo que no hagas caso de un hombre a quien apenas conoces. ¿Tú sabes las intenciones que puede tener?

—Ni me importa tampoco—respondió enérgicamente la muchacha—. ¿Acaso no pueden hablar dos personas de diferente sexo, si no es de amor?

—Pero yo estoy seguro de que ese hombre está enamorado de ti. Basta ver cómo te mira cada vez que pasas por donde él está.

—No te preocupes—replicó ella, poniendo fin a la discusión—; cuando sea necesario yo sabré pararle los pies.

Pero no fué así, sino que Rosa acudió al día siguiente a la cita que le había dado el ingeniero, y todos los días volvían juntos ha-



cía el pueblo. Ya no hablaron para nada de los trabajos del ferrocarril, ya era solamente el amor, aquel inmenso amor que había nacido en ellos, el único tema de conversación, y Rosa se sentía feliz, inmensamente feliz, al lado de aquel hombre que había sabido darle a conocer la dicha de ser amada y amar.

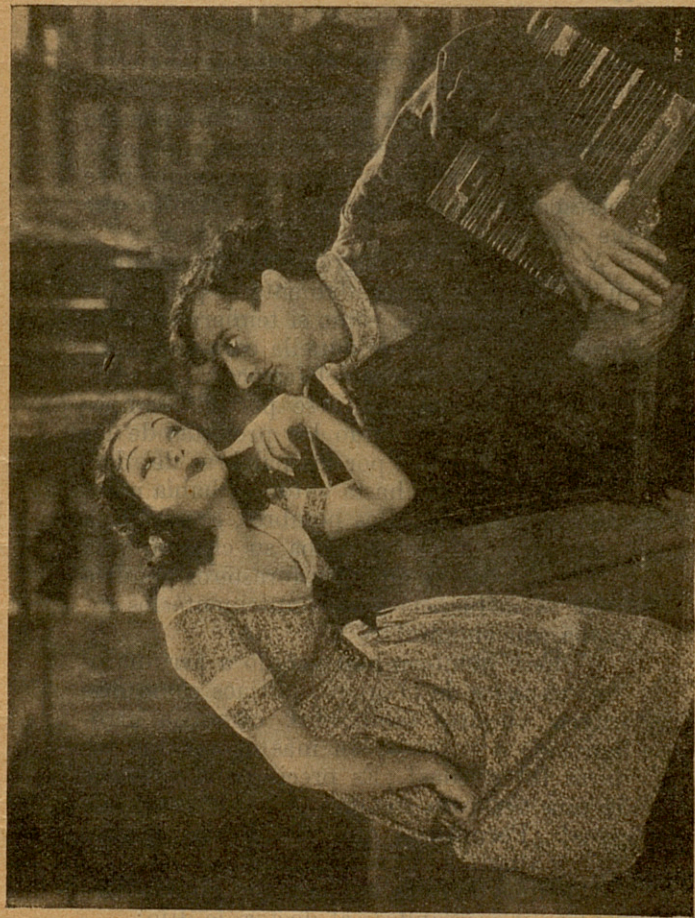
Mas no era solamente Miguel quien padecía el desvío de Rosa, sino que Andrés, un pobre muchacho, inocente como un colegial, de quien todo el mundo hacía lo que le daba la gana, sufría también por Rosa. Incapaz de decirle francamente su amor, se pasaba las noches cantándole serenatas al pie de la ventana. Entre todos sus pretendientes, era a él a quien más estimaba Rosa y en muchas ocasiones le había obligado a entrar en la casa para que tocara, mientras ella bailaba y cantaba.

Aquellos momentos eran inolvidables para Andrés, y esperaba las noches con ese deleite propio del que va a ver a la mujer amada.

En varias ocasiones, en el descanso de un baile a otro, Rosa se acercaba al joven y riéndole cariñosamente, le decía:

Andrés, tú eres, entre todos los que dicen quererme, el mejor. Siempre te contentas con lo que te dan.

—No me queda otro remedio—respondió



- Te permito que me des un beso



él—. El amor es como el fruto de la tierra, hay que dejarlo que se sazone.

—Llevas razón—respondió ella—, por eso te permito que entres y que hasta me hagas el amor. Y para que veas que yo también se corresponder a tu felicidad, te permito que me des un beso.

Y Rosa, riendo alegremente, le señalaba su mejilla, donde tímidamente el pobre Andrés posó sus labios, como si temiera marchitar el color de rosa de aquella cara angelical.

Seguían los trabajos del ferrocarril su marcha adelante, internándose por los campos cultivados y originando las protestas de los indígenas, azuzados por las palabras del doctor Bell. Este, que hasta entonces había mandado en todos aquellos hombres, gracias a la supremacía que le otorgaba su ciencia, veía que la llegada de aquellos forasteros pondría fin a su influencia y constantemente los incitaba, diciéndoles:

—¡Esos hombres han venido a arruinaros con sus ideas de progreso! ¡Fijaos cómo destruyen vuestros sembrados, cómo lo arrojan todo a su paso, sin más deseos que sus miras interesadas! ¡Es preciso que se acabe de una vez para siempre con este estado de cosas! ¿Permitiréis que se queden vuestros hijos y vuestras esposas sin pan?

En unas de estas conferencias entró el ingeniero y acercándose al doctor, le dijo:

—¿Por qué levanta usted a estos hombres contra mí? ¡Usted es el primer convencido de que yo no hago a nadie daño!

—Yo de lo único que estoy convencido—respondió el doctor—es de que habéis venido a alterar la vida tranquila de este pueblo.

—¡Eso no es verdad!—exclamó indignado el ingeniero.

—¿Quién ha destruido entonces los sembrados?—replicó el doctor—. ¿Quienes han arrollado las propiedades, amparándose en una ley que sólo protege al fuerte? ¿No habéis sido vosotros también los que habéis introducido aquí el vicio, la bebida, el juego y todas esas plagas que lleva consigo la civilización? Deberíamos de mataros.

Un griterío enorme siguió a las palabras del doctor. Todos los presentes, influenciados por la oratoria del médico, daban voces de mueras y amenazaban al ingeniero, que se vió perdido entre aquella gente. Cuando mayor era el griterío, cuando más en peligro se hallaba Bruce, apareció Devlin, que de un salto amparó con su cuerpo el del ingeniero, a la vez que detenía con un gesto enérgico a los demás.

—¡Es un miserable y debe morir!—gritaban los enemigos de Bruce.

—¡Quietos todos!—gritó Devlin—. ¿Qué ha pasado aquí?

—Este hombre—empezó diciendo el inge-



niero—ha soliviantado a los demás contra mí, por el solo motivo de ser yo el constructor del ferrocarril.

—¿Por qué ha hecho usted eso, doctor?—preguntó el policía.

—Yo no he dicho nada más que la verdad—replicó el doctor—. He dicho que los trabajos del ferrocarril serán nuestra ruina.

—Pero usted sabe que esto no es cierto—le contestó el policía—. Usted sabe que después, cuando la línea quede tendida, el ferrocarril será una ganancia positiva para todas estas tierras.

—Sí; pero mientras llega eso ya nos habremos arruinado—exclamó uno de los presentes.

—¡Basta de discusiones!—ordenó el policía—. Usted, señor Bruce, se vendrá conmigo hasta donde están sus hombres, y usted doctor no vuelva a excitar a los hombres, sino quiere pagar cara su desobediencia.

Las palabras de Devlin eran dichas en ferma que no admitían réplica y todos callaron, a la vez que él tomaba por un brazo al ingeniero y se lo llevaba, diciéndole:

—Será mejor que yo le acompañe hasta dejarlo en sitio seguro.

Salieron los dos juntos y Rosa, que había presenciado la última parte de la escena, no pudo menos que reconocer que Devlin se había portado con toda lealtad. El sabía

que el ingeniero era su rival y, sin embargo, se había puesto de su parte y lo había defendido.

Rosa esperó la vuelta de Devlin, y cuando regresó se acercó a él y le dijo:

—Lo he visto todo, Miguel.

—¿Que es lo que has visto?—preguntó el policía, sin acordarse de las palabras de la muchacha.

—Todo lo que has hecho por Bruce. Nunca lo olvidaré. Si yo pudiera amarte, créeme que te amaría.

—Ya sé que a quien amas es a él—respondió Devlin con ira—. ¡Si vieras cuando estábamos solos en el campo, con qué placer acariciaba la culata de mi revólver!

—¡Miguel!—exclamó asustada Rosa—. ¿serías capaz de cometer un acto semejante?

—Tranquilízate—respondió Devlin—. Jamás cometeré ninguno del que luego tenga que acusarme mi conciencia. Sé hacerme digno del uniforme que visto... ¡Pero si alguna vez cayese por mi cuenta ese ingeniero, si alguna vez pudiese castigarlo con arreglo a la ley, te prometo que no se escaparía.

Y sin querer atender a las palabras de la joven se alejó de allí, llevando en su interior la pena de ver que nunca podría conquistar el amor de la mujer por quien hubiera dado con gusto su vida.



## TERCERA PARTE

El doctor Bell habían concebido un maquiavólico plan. Para llevarlo a la práctica se valdría del pobre Andrés. Conoce el amor que éste sentía por la joven y fué a buscarlo, diciéndole:

—¿Es verdad lo que me han dicho, Andrés?... ¿Que estás enamorado de Rosa?

—La quiero mucho, es verdad—respondió—; pero Rosa a quien quiere es al ingeniero.

—¿Y no haces nada por librarte de él?—pregunto maliciosamente el doctor.

—Es más fuerte que yo—contestó Andrés—. Además, el cabo Devlin le protege.

—Yo en tu lugar—siguió diciendo el doctor—ya me habría librado de un rival así. Otras cosas hay más difíciles y sin embargo se hacen.

Andrés lo miraba, sin poder adivinar las palabras del médico y éste, como si no diera importancia a lo que decía, siguió hablando:

—Bruce va todos los días a inspeccionar los trabajos del túnel antes de disparar los barrenos. Subiendo por el río, nadie puede dar-

se cuenta y basta disparar un barreno para que queden dentro del túnel todos los que allí estén.

—¿Y qué adelantaría yo con eso—preguntó inconscientemente Andrés.

—Por lo menos te librarías de un rival, del único que tiene la culpa de que Rosa no te quiera. Además, si quieres hacer eso tiene que ser pronto, porque estoy enterado de que la muchacha se va a marchar con él.

—¡Eso nunca!—exclamó Andrés—. Yo puedo consentir que ella no me quiera, pero no puedo dejar que venga un forastero y se la lleve.

—Pues en tu mano tienes el medio de impedirlo. Ahora tú haz lo que mejor te parezca—terminó diciendo el doctor, seguro de haber inculcado aquella idea en el pobre cerebro de Andrés.

Aquella misma tarde el joven enamorado fué en busca de Roca y le dijo:

—Rosa, ya sé porque no me quieres.

—No te creí tan inteligente—respondió riendo la muchacha— ¿Y cómo te has enterado?

—Porque te he visto varias veces con ese ingeniero. Pero yo no dejaré que te vayas con él. Yo quiero tenerte siempre a mi lado.

—¿Y a ti que te importa lo que yo haga?—exclamó molesta ella.

—Me importa mucho, y ya verás como sa-



bré hacer que no te cases con ese hombre.

Había tal reminiscencia en las palabras de Andrés, que Rosa temió que aquel hombre hiciese alguno locura y cambió de táctica, para enterarse, preguntándole:

—Te han engañado, Andres. Yo no quiero a nadie más que a ti. Deja en paz al ingeniero y no te preocupes.

Andrés sonreía tontamente, y le respondió:

—Eso me lo dices ahora porque tienes miedo.

—¿Miedo de qué?

—Miedo de que pueda matar al ingeniero.

—¿Qué es lo que quieres decir?—preguntó asustada la muchacha—. ¿Qué piensas hacer?

Andrés seguía riendo y por más que insistió la joven, no pudo sacar nada en limpio de lo que pensaba su desairado pretendiente. Sin embargo, en toda la tarde no le perdió de vista, y cuando vio que se dirigía hacia las obras del ferrocarril, lo siguió sin que él pudiera verla. Andrés bajó por el barranco que daba la espalda al túnel que estaban abriendo y por la orilla del río fué acercándose a la boca del túnel, donde estaban ya los barrenos preparados para disparar. Como si un ser divino la iluminase, comprendió cuál era el pensamiento de Andrés, y, desesperada, echó a correr hacia el túnel,

sin pensar que su acción podía costarle a ella también la vida.

—¡Bruce!... ¡Socorro!... ¡Correr todos!

Los gritos de Rosa llegaron hasta donde estaban los trabajadores y éstos, creyendo que corría algún peligro la muchacha, se apresuraron a salir del interior del túnel para auxiliarla. Apenas había salido el último hombre, cuando se oyó una formidable denotación en el interior del túnel, y Rosa caía desmayada en los brazos del ingeniero.

—¡Pronto un poco de agua!—pidió a sus operarios. Roció luego la frente de la muchacha y apenas abrió ésta los ojos y vio junto a ella al ingeniero, se abrazó a él, exclamando, como si hubiera temido no verle más:

—¡Bruce!... ¡He llegado a tiempo!

—¿A tiempo de qué?—preguntó el ingeniero—. Explícate... ¿Acaso sabes tú quién ha disparado los barrenos sin esperar mi orden?

Rosa pensó que decir el nombre del culpable era lo mismo que condenarlo. Además, aquel ser no era consciente de ninguno de sus actos y pensando en ello, movió negativamente la cabeza, diciendo:



—Sólo vi venir a un hombre y que éste se dirigía hacia los barrenos. Temí que fuera alguno de tus enemigos y por eso grité.

—Y nos has salvado la vida, Rosa. Si no hubiera sido por ti, todos habríamos quedado sepultados en el interior del túnel. Pero estás muy excitada; lo mejor es que te lleve a su casa, yo me encargaré de averiguar quién ha sido el autor de esto.

Ayudada por su novio regresó al pueblo y allí se encontraron con Devlin, que al ver el estado en que se encontraba la joven, corrió a ella, preguntando:

—Rosa, ¿qué ha ocurrido?

Bruee lo miró enérgicamente, y le dijo:

—Si en vez de pasarse aquí el tiempo, vigilase usted mejor, tal vez no ocurrirían todas estas cosas desagradables que están pasando.

—Sé mi obligación—respondió enérgicamente Devlin—. y no tengo necesidad de que nadie me la enseñe.

—Pues entonces, también debía usted haber sabido que alguien ha intentado hacer explotar los barrenos, con el fin de que pereciéramos todos en el túnel.

Ante aquellas palabras, Devlin no supo que contestar, y se limitó a decir:

—Pues ya que no he sabido evitarlo, yo le prometo que daré con el culpable.

Montó a caballo y se alejó de allí para salir con su gente en busca del que pudiera ser culpable del hecho.

## Ediciones BIBLIOTECA FILMS

No deje de leer la  
fantasía más gran-  
de que ha creado  
la imaginación hu-

mana.

## SU NOCHE DE BODAS

por la bellísima IMPERIO ARGENTINA  
96 páginas de texto - Precio: 1 peseta

Biblioteca Films. - Apartado 707. - Barcelona

Si no los encuentra en su localidad, pídalos hoy mismo,  
remitiendo su importe en sellos de correo, y cinco céntimos  
para el certificado.



## CUARTA PARTE

El fracaso de Andrés no hizo otra cosa que engendrar aún mayor el odio que el doctor experimentaba hacia el ingeniero. Desde la tarde en que Devlin intervino en favor de Bruce, el doctor Bell experimentó un deseo insaciable de venganza. Y a medida que pasaban los días, éste iba haciéndose mayor, hasta que por fin una noche esperó al ingeniero a su paso hacia el campamento, donde se habían instalado los obreros del ferrocarril. Al cabo de una hora de espera, Bruce apareció, y Bell le salió al paso, diciéndole:

—¿No esperaba usted encontrarme aquí, verdad?

El ingeniero se puso en guardia, temiendo alguna agresión por parte del médico, y le respondió.

—¿Qué es lo que desea usted?

—Sencillamente: le he esperado para que me dé usted su palabra de que mañana mismo se marchará de aquí.

—¿Está usted loco?—exclamó Bruce—.

¿Quién es usted para exigirme tal cosa?

—No haga más preguntas y conteste cate-

góricamente a lo que digo—siguió diciendo el doctor, cada vez más excitado—. ¿Se niega usted a marcharse?

—Claro que me niego—respondió el ingeniero—. Ni usted, ni nadie conseguirán de mí eso.

—Pues le queda a usted dos caminos a elegir: o marcharse, o que lo quite yo de en medio. Y al decir esto el doctor hizo ademán de sacar un revólver. Antes de que tuviera tiempo de ello, Bruce de un puñetazo lo arrojó a tierra, mas al levantarse Bell, insistió en su ademán de sacar el revólver y Bruce, sin darle tiempo a ello, disparó el suyo. La bala desgraciadamente hizo blanco y el médico cayó mortalmente herido.

A la mañana siguiente fué descubierto el cadáver del doctor, e inmediatamente se dió cuenta de ello a Devlin, diciéndole los que habían encontrado al médico:

—El doctor ha sido asesinado. Junto a su cadáver hemos encontrado esa pistola.

El Policía examinó el arma que le entregaban y vió en la culata las iniciales B. N.

—Esta pistola debe ser del ingeniero—exclamó—. ¿Conocéis a alguien que tenga estas iniciales.

—Nadie más que él las tiene—exclamó uno de los que habían recogido el cuerpo del doctor—. Indudablemente, debe ser el ingeniero el que lo ha matado.



—Pues voy ahora mismo al campamento para detener a Bruce—terminó diciendo Devlin—. Poco después se presentaba en el campamento de trabajadores y preguntaba por el ingeniero.

—Se marchó de madrugada—le dijeron—. Sin duda debe estar en el pueblo.

Aquella fuga era una acusación indudable y Devlin volvió nuevamente al poblado. Entró en casa de Rosa, y le preguntó a ésta:

—¿Has visto a Bruce?

—Desde ayer noche no ha vuelto por aquí—respondió la muchacha—. ¿Ocurre algo?

El policía, sin responder a la joven, fué al teléfono y se puso al habla con el sargento del puesto, diciéndole:

—Han asesinado al doctor Bell. Sospechamos de que haya sido el ingeniero de las obras del ferrocarril. Haga salir a unos cuantos hombres para que den una batida por el campo,, mientras que yo salgo con otros desde aquí.

—¿Qué es lo que dices?—preguntó Rosa, sin poder dar crédito a lo que había oído—. ¿Cómo te atreves a acusar a Bruce?

—No soy yo quien le acusa, Rosa—respondió el policía—. Es este revólver que se ha encontrado junto al cadáver del doctor.

—¡Dios mío!—exclamó Rosa, sin poder contener las lágrimas—. ¿Y vas a detenerle?

—Esa es mi obligación—respondió Devlin

—. Además, así podré recobrar algo que ha querido quitarme.

—¡Eres un miserable!—exclamó Rosa—. ¡Pero yo te juro que sabré defenderlo contra ti y contra todos los que le perseguís tan injustamente!

Devlin no le hizo caso; había llegado para él el momento de vengarse de su rival y todos sus pensamientos se basaban en el deseo de apresar al asesino.

Como habían dicho en el campamento, Bruce, apenas despuntó el día salió de allí dirigiéndose al pueblo, mas en el camino cambió de pensamiento y dirigió su cabalgadura hacia la próxima estación ferroviaria. Hubiera querido despedirse de Rosa, confiarle el verdadero motivo de su fuga y asegurarle que volvería, una vez se arreglase aquel asunto para casarse con ella y huir los dos lejos de allí; pero comprendió que aquello significaba tanto como dejarse prender y se alejó de aquellos contornos.

Ya llevaba andadas unas cuantas millas cuando divisó a un grupo de hombres en los que reconoció a los de la policía montada. Comprendió que había sido descubierto el cadáver del doctor e intentó huir. Mas ya había sido visto por los policías y estos salieron en su persecución. Durante más de dos horas el ingeniero tuvo que huir a campo traviesa, fiando en la agilidad de su montura



la posible liberación. Pero al cabo de este tiempo, ya no eran sólo los policías del puesto del sargento los que le perseguían, sino que también Devlin y sus hombres le cortaron el paso. Estaba materialmente perdido entre dos enemigos. Haciendo un supremo esfuerzo lanzó su caballo hacia un barranco que había allí, decidido a estrellarse antes que entregarse a las manos de aquellos hombres. Hombre y caballo rodaron por el precipicio y el joven ingeniero, mal herido y perdido el conocimiento, permaneció allí durante algunas horas sin ser descubierto por sus perseguidores. Cuando volvió en sí vió junto a él el caballo muerto y pensó que sin aquel auxiliar le sería imposible ponerse a salvo. Tampoco podía contar con la ayuda de ninguno de los habitantes de aquellas tierras, puesto que los sabía enemigos acérrimos de él y solamente Rosa sería la única que podría auxiliarlo. No titubeó un segundo y arrastrándose por entre la maleza para no ser descubierto y aprovechándose de las sombras de la noche, llegó hasta donde estaba la casa de la muchacha. Saltó por una ventana y entró en la habitación de la joven, que al verlo dió un grito de espanto, a la vez que corría a sostenerlo entre sus brazos.

—¡Rosa!—suplicó él—. ¡Me persiguen y me tienen acorralado! ¡Yo te juro que no fui culpable!



Dejó que el policía la abrazase.



—No me digas nada—respondió Rosa—. Sé todo lo que ha pasado y estoy segura también que mataste en defensa propia. Lo urgente es que te salves.

—Imposible—respondió a su vez el ingeniero—. Me tienen acorralado. No tengo dónde esconderme y además no me quiero ir sin ti.

La muchacha quedó pensativa un instante y al fin le dijo:

—Yo te esconderé en el sótano, mientras descansas un poco, y luego, a la media noche, huiremos los dos. Mientras yo entretengo a Devlin, tú huirás y me esperarás en el barranco; allí hay una lancha, y pronto fuera de la jurisdicción de Devlin.

Quedó así acordado el plan de fuga, y Bruce, después de haber sido solícitamente curado por Rosa, se dejó conducir por ésta al sótano de la casa.

Al poco rato llegó Devlin y sus hombres. Aquél venía de malísimo humor, y al ver a Rosa le dijo:

—Ese maldito ingeniero se nos ha escapado, aunque tengo la seguridad de que no ha de estar muy lejos de aquí.

Rosa sintió cierto sobresalto, temiendo que el policía hubiera podido sospechar algo y respondió fingiendo todo lo que pudo:

—La verdad es que no ha sabido corresponder muy bien al amor que siempre le demostré. Lo menos que podía haber hecho era venir a despedirse, a contarme lo que le había pasado; yo le hubiera facilitado la fuga.

—El ahora no piensa más que en sí mismo—le contestó Devlin—. ¿Crees acaso que se iba a preocupar de ti, teniendo el peligro de caer en nuestras manos?

—Cuando un hombre ama de verdad, no piensa en nada de eso—exclama Rosa.

Devlin, creyendo que eran verdaderas las palabras de la joven, se acercó a ella y le dijo:

—¿Te has convencido de que ese hombre no te quería? Olvidalo, Rosa, y piensa en lo mucho que yo te amo.

La joven no opuso resistencia y dejó que el policía la abrazase, para dar tiempo a que Bruce pudiera fugarse. Cuando comprendió que ya éste estaría lejos de allí, salió de la estancia, dejando en ella a Devlin, y por la



puerta del patio salió de la casa para ir en busca del ingeniero.

La tardanza de Rosa inquietó a Devlin, que recorrió toda la casa buscándola. Ya iba a salir, cuando llegaron algunos de sus hombres y uno de ellos le dijo:

—Hemos visto a Rosa correr hacia el barranco; sin duda debe ir en busca del ingeniero.

—Ahora comprendo por qué se mostraba tan complaciente conmigo — exclamó Devlin, montando de un salto sobre su caballo y ordenando a sus hombres.

—Distribuirse por el campo, para que no se nos escapen y juntarse todos en el barranco. Yo voy directamente hacia allí.

Tal como habían sospechado los policías, Rosa y Bruce se habían reunido en el barranco y hacía los preparativos para subir a una barquilla y dejarse llevar por la corriente hasta el pueblo próximo, donde podrían tomar el tren y encaminarse a la capital. Pero antes de que dieran fin a su tarea oyeron pasos de cabalgadura y se acurrucaron entre la maleza para no ser vistos.

Así y todo, la mirada de lince de Devlin



Se acurrucaron entre la maleza



los descubrió y encañoneándoles les gritó:

—¡Si dais un paso, disparo!

—¡Dispara! — exclamó Rosa, cubriendo con su cuerpo el de su amado—. Así tendrás el honor de matar a una mujer indefensa!

El acto de Rosa emocionó intensamente a Devlin, que impulsado por sus nobles sentimientos tiró el arma, a la vez que se acercaba a ellos y le decía a la joven:

—¿Serías capaz de dar la vida por un asesino?

—Bruce no es un asesino; si mató fué en legítima defensa. Ya sabes el odio que le tenía el doctor.

—Llevas razón—respondió el policía—. He sido un obcecado al querer detener a este hombre, y puesto que os amáis, huid juntos, pero daros prisa, porque mis hombres van a llegar.

—Gracias, Devlin—exclamó Rosa, estrechándole la mano.

—Nunca olvidaré lo que hace usted por mí—le dijo a su vez Bruce.

—¡Pronto, pronto! — ordenó el policía, viendo que sus hombres iban a llegar—. Ahí

tienen ustedes la embarcación; antes de que amanezca ya podrán estar en sitio seguro. Yo entretendré, entre tanto, a los demás.

Y mientras que Rosa y Bruce empezaban a saborear la dicha de aquel amor que los había unido para siempre, en la ribera, Devlin se enjugaba una lágrima y gritaba a sus hombres que se acercaban en aquel momento:

—¡Los he visto correr por la orilla del río hacia arriba!... ¡Vamos todos; hay que apresarlos!

Y en dirección distinta, los fugitivos y perseguidores, iban separándose cada vez más. Los unos en busca de la felicidad y los otros procurando que aquella felicidad fuese posible...

FIN



**YA**

está a la venta la  
obra cumbre del año

## **HISTORIA DE LA REPÚBLICA ESPAÑOLA**

**1921**

**De la Dictadura a la Revolución**

**1931**

La HISTORIA completa constará de tres volúmenes. - Es autor de este alarde editorial el culto literato *E. Moldes*. - Precio: 1'25 pts.

Pedidos a Biblioteca Films. - Apartado 707

**B A R C E L O N A**

Si no lo halla en su localidad, sírvase pedirnoslo antes de que se agote. Remita cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.